**Feria de Navidad**

7 de enero de 2022  
1Jn 5, 5-13  
Sal 147  
Lc 5, 12-16  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Lo que Jesús se encuentra en esa sociedad es, de nuevo, la postración, la marginación radical simbolizada por un leproso.

En la Biblia y en la sociedad judía la lepra era considerada un castigo divino. El leproso es un impuro ritual total, nadie puede estar cerca de él, ni mucho menos tocarle, pues incurriría en impureza grave. Tampoco puede acercarse a nadie, sino que debe advertir desde lejos su enfermedad para que se alejen de él. Así, dice el Levítico: *«El afectado por la lepra llevará la ropa rasgada y desgreñada la cabeza, se tapará hasta el bigote e irá gritando: «¡Impuro, impuro!» Todo el tiempo que le dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y vivirá aislado; fuera del campamento tendrá su morada.»[[1]](#footnote-1)*. Por eso los leprosos son símbolo de los marginados totales, de los siempre solos y aislados. Son muertos vivientes.

Este leproso del relato ha roto las reglas, pues *«se acerca»* a Jesús, llevado por su postración. El leproso se postra «*rostro en tierra*»[[2]](#footnote-2), signo de su indigencia radical, como si dirigiéndose a Jesús se dirigiera a Dios mismo. Y expresa su fe: *«si quieres, puedes limpiarme».* El condicional "si quieres" parece indicar que se considera indigno, sin derecho a nada, dependiente de la benevolencia ajena. Es la situación de tantos marginados que acaban automarginándose culpablemente ante el peso de la tradición y de la presión social que los considera indignos. Pero este hombre expresa fe o confianza: al unir "puedes-quieres" está equiparando el poder de Jesús al de Dios. Porque lo que pide es que le "limpie", no que le cure la enfermedad (en todo el pasaje no se habla de curar sino de limpiar)[[3]](#footnote-3). El mayor mal de este hombre es la "impureza". Ha sido condenado por su religión a estar alejado no sólo de los hombres, sino, sobre todo, de Dios. La impureza es eso: alejamiento de Dios. A este hombre (y a todos los que simboliza) le han imbuido que Dios no quiere nada con él, que Dios le rechaza, y eso conlleva para él un radical complejo de mancha, de indignidad ante Dios, y, con ello, la pérdida de toda expectativa vital y de salvación. Es un muerto en vida, es un condenado.

Jesús extiende la mano y *«toca»* al leproso (cosa gravísima). Jesús, siguiendo la Ley, tendría que haberse apartado del leproso, pero no lo hace. Toca al intocable, le hace presente físicamente su proximidad, piel con piel, estableciendo un flujo de intercomunicación integradora, inclusiva, lo contrario a la exclusión que marca la Ley. Y expresa su sentir: *«quiero, queda limpio».* Jesús habla en tono imperativo y soberano, como Dios.

El sentido de todo esto es que el leproso no es impuro, y que la impureza no viene de Dios. Al contrario, la voluntad de Dios (*«quiero»*) es integrar al hombre en su seno (*«queda limpio»*).Dios no es exclusión marginadora, sino inclusión liberadora. Al hablar Jesús como Dios se le identifica con Él, y, dado el sentido pedagógico del evangelio, se invita a todo discípulo a que también se identifique con Dios, y a que sea "divino" hablando-haciendo eso que Dios es y que cada uno es, es decir, integrando en su ser a todos, acercándose a los intocables, tocándoles y expresándoles su sentir: quiero, queda limpio. Nadie es "rechazable" (impuro), ya que Dios es todos sus hijos y todos son hijos de Dios.

La fe en el amor inclusivo que Dios es y que todos somos, moviliza y lleva a «hacer realidad» *(«le tocó»)* el amor y a no dejarlo en un mero sentimiento o idea. Eso produce la sanación *(«quedó limpio»).* Aquí hay una idea revolucionaria: no se contagia la impureza, sino la pureza. Es dar la vuelta a todo el sistema moral, positivándolo, y es positivar también la visión de Dios, de quien surge lo positivo y lo liberador de toda carga. Así, el postrado, abierto e instalado en el ámbito del amor, deja de sentirse sucio y rechazable, y recupera su ser.

La prohibición de decir nada no tiene sentido realista, pues si el leproso ha dejado de serlo, eso saltará a la vista de todos. Su sentido es simbólico—teológico—: es el tema del "secreto mesiánico", peculiar de los evangelistas. Lucas muestra a Jesús prohibiendo que se le califique como Mesías poderoso y triunfante porque su mesianismo va a ser otro: el fracaso, el anonadamiento, la entrega de la propia vida. Jesús no ha venido a "ganar" sino a "perder", a servir, y quien le siga deberá estar dispuesto a esforzarse, a renunciar, a trabajar calladamente, a no ganar nada, a perder e, incluso, a donar la vida. Aclamar a Jesús como el mesías triunfador que resuelve la vida y sus riesgos con portentos es una tentación rechazable (por eso, tales aclamaciones suelen ser puestas en boca de demonios). El reinado de Dios (la plenitud del ser) se ha de extender calladamente, como la levadura en la masa del pan, crecer esforzadamente como el humilde grano de mostaza... y no comportará el triunfo material, sino la entrega. Este es el mesianismo de Jesús y el camino que deberá asumir todo discípulo. El «amor arriesgado » es lo contrario a la religiosidad triunfalista donde un Dios portentoso lo resuelve todo.

Y una segunda orden: «*muéstrate al sacerdote*». La Ley mandaba a los que sanaban de una enfermedad de piel que fueran al sacerdote para que certificara su sanación. ¿Por qué Jesús manda al leproso que cumpla la Ley? No es, ciertamente, por «legalismo» (Jesús ha transgredido la Ley varias veces ya en este primer capítulo), sino que tiene que ver con el concepto de «sanación» evangélico: no basta con que el individuo sane interiormente, personalmente, sino que la sanación tiene una dimensión social. No basta con dignificar con el amor personal dado al marginado, sino que también hay que reintegrar a éste en la sociedad (pues eso es la marginación social: la sociedad "aparta" a la persona). Si el leproso va al sacerdote y éste certifica su curación, el leproso podrá volver a encontrarse con la gente, trabajar, vivir en sociedad; es decir dejará de ser un marginado.

Además, esta segunda acción puede mostrar a los sacerdotes (vigilantes celosos de lo puro-impuro) que la sanación de Dios ha llegado, que ya no hay «puro» ni «impuro » a los ojos de Dios, pues esa Ley discriminatoria fue *«prescrita por Moisés»,* no por Dios.

Lo que se dice también en el relato detrás de renglones es que al saberse que Jesús ha tocado al leproso, Jesús queda oficialmente impuro, es considerado un cuasi-leproso que no puede entrar en ninguna ciudad. El amor a un marginado ha hecho de Jesús un marginado. A los ojos de la Ley y del convencionalismo social, el "tocar" al manchado le ha manchado, le ha contaminado, le ha impurificado. El amor es identificación con todas sus consecuencias. La idea del "amor arriesgado" irrumpe aquí en el evangelio, y estará presente hasta el final. Amar realmente no es fácil, tiene un precio que pagar. Es la negación del cristianismo "light", cómodo y descomprometido, que ya se deja claro en el siglo I. A partir de esta escena aparecerá la oposición creciente de los dirigentes contra Jesús. La comunidad de Lucvas también sufrió rechazo y persecución, al igual que otras muchas comunidades primitivas. No podrá ser de otra manera. Acoger, hacerse uno con los marginados, tocar a los manchados, implica necesariamente mancharse y, con ello, dejar en evidencia a los causantes de la marginación, cosa que éstos no aceptarán pasivamente, sino que responderán contundentemente.

Lucas está expresando que el rechazo social no ha de pesar ni evitar hacer el amor, pues amar es un valor superior a todos los demás valores, incluidos los del honor y el rango sociales. Y, aunque algunos se opongan a ese amor inclusivo, la realización del amor es necesaria, y es reconocida por quienes necesitan ser amados, sean quienes sean y sean de donde sean, superando toda prevención legal o de pureza ritual. Por eso añadirá que, pese a ser Jesús un "impuro", *«Las muchedumbres acudían a oírlo y ser curados».* Así queda plasmada esa fuerza imparable del amor de Dios que Jesús muestra y es, y que todo ser humano es y ha de mostrar y hacer crecer, cueste lo que le cueste. A eso es llamado todo discípulo.

1. Lv 13,45-46 [↑](#footnote-ref-1)
2. Literalmente se diece «*cayendo sobre su rostro»* [↑](#footnote-ref-2)
3. El verbo utilizado es *καθαρίσαι* (katharísai =limpiar) [↑](#footnote-ref-3)